

Días atrás leíamos atentamente, en un diario de la provincia, un escrito sobre la Cueva de El Pindal, de la pluma del conocido periodista y escritor don Francisco Valle Poo (sobrino del que fuera nuestro Párroco don Francisco Valle Bulnes, Mayo de 1941 a Diciembre de 1954) con un giro moderno y ameno titulado «LA HISTORIA CAUTIVA.- Sobre la magia de las viejas piedras y los lugares históricos...»

Dicho contenido nos trae a la memoria muchos recuerdos, desde la niñez, con postreros episodios en los últimos veinte años con la jubilación.

Vamos a empezar a hacer un ligero resumen de nuestras andanzas por las Bajuras del Norte, especialmente San Emeterio, desde niños, lugares que frecuentábamos mucho porque nuestra madre y familia se hicieron cargo de la atención de la Capilla de San Emeterio por el año 1919 donde yo era el recadista barato, tanto para atender la Capilla como para dar avisos, recados, a los artesanos y obreros que tanto abundaban por aquellos caseríos y eran muy competentes y trabajadores: Alfredo, tío Pedro, el Roju, Ramón y Pilar Cabezas Riego e hijos, los Santoveña, etc. Aparte de esto bajábamos los niños o «rapaces» a hacer pequeñas excursiones, bien a Cerezas a Tina, bañarse al Regolguero y también a pescar mundiates, coger mariscos o manzanilla por Troña. Y en último caso nos metíamos en la Cueva de El Pindal (sin luz) a coger «churros» estalactitas y estalagmitas) y salíamos embarrados, pingando o haciendo «escarnios» con algún talento que cogíamos de blanco el cual las pasaba canutas. Porque entonces no había luz ni se había arreglado nada de la cueva, aunque ya se habían descubierto las pinturas; pero nada más.

Las condiciones en que estaba la Cueva a finales del siglo pasado nos las explica el Padre Miguélez (Fray Manuel F. Miguélez 1864/1928) en su **Viaje por el Oriente de Asturias** (Publicado en la colección «Temas Llanes», n°

43). Dicho padre agustino nacido en La Bañeza, donde estudió las primeras letras, además de la carrera eclesiástica realizó estudios superiores empezando por ser nombrado redactor de la Revista Agustiniiana, Profesor de Historia Crítica, pasando largas temporadas investigando en el Archivo de Simancas que le sirvieron de base para sus publicaciones y refutar escritos de personalidades como Menéndez Pelayo, Cánovas, Silvela, etc.

Su tesón, (como, buen leonés) le hizo enfermar y al aconsejarle realizar viajes para distraerle, vino a Asturias, dejándonos documentados escritos por Ribadedeva y Llanes. Murió en El Escorial el 17 de Mayo de 1928, después de haber escrito y publicado más de cien trabajos sobre estudios apologeticos, numismáticos, arqueológicos, históricos, místicos y de crítica literaria y poesía.

Escribe el Padre Miguélez sobre la Cueva de El Pindal. «*Con el terror que infunde siempre un terreno desconocido e inhabitado nos atrevimos a penetrar en la cueva, llena de preciosidades sin cuento, de esas que la naturaleza fabrica con la incesante labor de los años y que superan con mucho a las labores del hombre. Bóvedas inmensas, encrucijadas, laberintos de mil formas y caprichos, donde la imaginación se forja imágenes de santos chapiteles vistosísimos o*

murallas informes. Subiendo por unas galerías, bajando por otras, expuestos siempre a escalabros, o arrastrándonos otras veces por el suelo, para no perdernos en aquel precioso laberinto, y poder admirar salones más primorosos de estalactitas más gallardas y ligeras, que nos sorprendían a cada instante, pudimos andar, por espacio de más de dos horas, en aquél subterráneo, país de maravillas naturales, sin poder llegar al término, que dicen va a salir al mar. Hubo momentos en que, separados unos de otros los más atrevidos expedicionarios, el pavor que se apoderó de muchos, perdidos por aquellas galerías, donde la voz de los más lejanos, aún

esforzando los pulmones, no se dejaba oír por los de más atrás, que anhelosos buscaban la salida por miedo a que, faltando las velas y la luz de los faroles, quedase alguno para siempre en aquel laberinto de piedra. Trabajo, y no pequeño, nos costó reunirnos en un mismo sitio a la vuelta, que unos tomaban por un lado y los demás por otro, sin rumbo fijo que condujese nuestros pasos.

Por fin, al reconocernos a la escasa luz de las linternas o de los cabos de esperma bien apurados, y convencidos de que ya nos faltaba poco para ver la luz natural, iluminamos aquellas tenebrosidades con varias luces de bengala, y aquellas bóvedas que antes no podíamos admirar por la escasez de la luz, que no llegaba tan alta, aparecieron a nuestros ojos extasiados con más vistosas estalactitas, que lo mismo semejaban incipientes torres góticas vueltas al revés, o artesonados de calados y encajes arabescos, todo ello iluminado por las variantes luces de bengala; prestándole más encantador aspecto. Cualquiera descripción, por pintoresca que sea, no podrá dar idea clara de lo hermoso y bello de aquella realidad. Al salir de la inmensa gruta cargados con preciosas labores naturales, insignificante muestra otras muchas que atesora, y que no es fácil de alcanzar so pena de perecer en la demanda»

Anotamos que empieza el Padre Miguélez diciendo: «*Llegamos a Tina cargados de velas, escalas y otros enseres a propósito para penetrar en la curiosísima cueva...*» Por lo que demuestra que era un grupo bastante numeroso y también manifiesta que salieron cargados con preciosos labores naturales, es decir, que por lo menos desde el año de 1892 (hace más de un siglo) se vinieron sacando de la cueva gran número de estalactitas y estalagmitas por unos y otros hasta el punto que por la tercera década de este siglo que se puso en moda el adornar las grandes casonas y menos grandes (entradas, vestíbulos, balcones, etc.) llegaban carruajes, «charrés», y cargaban sin mira-

miento alguno, siendo nosotros testigos de los apuros de las caballerías para poder subir la cuesta. Un despojo, un saqueo, en toda regla. Esto unido al estar la cueva de refugio de personas civiles y militares bastantes días durante la contienda civil de 1936-39, hizo que esta quedara totalmente limpia de adornos, no conservándose más que los que no se podían arrancar.

Nosotros preguntamos: ¿Cuántos siglos tendrán que transcurrir para que la cueva se encuentre, por lo menos, en el estado en que la encontró el Padre Mguélez?

- En varias ocasiones, con ocho-diez años de edad y un farol en cada mano, nos tocó alumbrar (orden de nuestra madre) al sabio Padre Carballo (Jesús Carballo Taboada). Este sacerdote nacido en Compostela en el año 1874 y fallecido en Santander en 1961, fue Director del Instituto Prehistórico de Santander, figurando con justicia, entre las grandes figuras de la espeleología y la prehistoria mundiales. Tuvo una actividad constante con sus exploraciones en Prehistoria realizando estudios y excavaciones en distintas cuevas cántabras, dando conferencias y publicaciones de sus hallazgos e incluso escribiendo novelas. No solo terminó la carrera eclesiástica si no también el Doctorado en Ciencias Naturales y Música.

Llegaba el Padre Carballo a San Emeterio siempre acompañado del Médico de Colombres, don Joaquín Fernández Alvarez-Nava, muy aficionado y muy amigo del citado Padre. Ambos trabajaron en el descubrimiento del esqueleto del Molino de Gasparín donde posteriormente también intervinieron los Profesores de la Universidad de Oviedo, Sres. Gómez Tabanera y Cano Díaz.

En aquel tiempo, la cueva estaba como la describe el Padre Mguélez, con muchas dificultades para recorrerla. Siempre les acompañaba un grupo importante de personas y entre ellas recordamos a José María, el hijo de don Joaquín, que era entonces aventajado

alumno y era el único que tenía linterna eléctrica ayudándonos a los de los faroles y velas a alumbrar los grabados y pinturas, sobre las cuales nos explicaba el Padre sus teorías que no difieren apenas de las actuales. Es de anotar que algunas veces algún acompañante llevaba luz de carburo, entonces las pinturas se veían mucho más nítidas.

Finalmente señalamos que por iniciativa del Padre Carballo se fundó en la capital cántabra el Museo Provincial de Prehistoria (1926) instalado en el Instituto de Enseñanza Media que nosotros visitamos a menudo al estar a un paso, entonces, de nuestro domicilio.

- Con fecha, 28 de Febrero de 1976, escribimos una carta al profesor de Historia de la Universidad de Oviedo, don José Manuel Gómez Tabanera relacionada con unos reportajes

que venía publicando en el diario «La Nueva España» sobre los hombres primitivos, el elefante, el pez de la cueva, etc. llamándole la atención, no por cuestiones técnicas si no por «el terreno de juego» pues dicho señor suponía o inventaba unos nombres incorrectos. Además había sacado a la luz una revista semestral denominada «PINDAL» lo que agradaba la cosa.

Nos contestó muy atento el 24-II-1976 dando las gracias y prometiéndonos una visita que, por cierto, la cumplió unos quince días más tarde.

En su carta, entre otras cuestiones, nos decía: «...*me gustaría cuando llegue el buen tiempo, recorrer con Vd. con vistas a descubrir la antigua entrada a la cueva de El Pindal, que debió de existir aunque hoy se haya perdido noticia de ella*». De momento no reparamos mucho en este párrafo pero cuando vino me confesó que estaba buscando con empeño la entrada de la cueva. Nos quedamos sorprendidos ante tal pregunta respondiéndole que si no era la que conocíamos. Rápidamente me contestó: «Que va, esa es la salida, el desagüe». Seguimos charlando, terminamos la con-

versación y se despidió, notando nosotros que había quedado poco satisfecho de su visita por los gestos que hacía con su acompañante, un químico de Duro Felguera que conocíamos de vista.

Esto nos hizo cabilar mucho sobre la cuestión recordando que de pequeños cuando íbamos a San Emeterio con algún recado y a la casa de José Riego Rodríguez conocido localmente como «El Roju de Tronía» (por haber vivido allí y ser de tez negra) había a unas decenas de metros de su casa hacia el oeste en el hastial que limita la pradería de La Llongar, un hoyo bastante grande protegido por estacas y varas de madera con ramaje para que los niños no cayeran en él del que El Roju decía que por allí se entraba a la cueva; que él de rapaz había medio entrado con otros muchachos. Poco más abajo está el «joracu» por el que desagua toda la zona sobre la cueva, única salida general del agua y que va al mar.

Consultamos la cuestión con varias personas mayores del pueblo y de aquellos lugares (hoy ya fallecidos) manifestándonos, que en efecto, había esa creencia y que aquél lugar, por la configuración que tenía, era el lugar más apropiado para que allí hubiese estado la primitiva entrada a la cueva, si es que había otra.

Rápidamente escribimos al Profesor citado, contestándonos también con celeridad que nos enviaría sin pausa un grupo de espeleólogos muy competentes, diciéndonos: «*No tenga Vd. reparo alguno, pues están muy experimentados y el Jefe es de toda mi confianza*».

Decíamos la semana anterior que el Profesor de Prehistoria de la Universidad de Oviedo, en funciones, don José Manuel Gómez-Tabanera, hacía frecuentes recorridos visitando la Cueva de El Pindal y escribiendo artículos muy documentados en la prensa diaria, analizando sus pinturas más sobresalientes y que tenía mucha esperanza, mucha ilusión, por encontrar la entrada primitiva a la cueva que, para él, indudablemente debió de existir aunque se perdiera noticia de ella. Que en nuestro escrito (Marzo de 1976) le señalamos el lugar más natural para buscar dicha entrada, a lo que nos contestó, también por escrito, que enviaría un grupo de espeleólogos de su confianza para que les señalásemos dicho posible lugar.

Bien, quedamos a la espera de la llegada de dicho grupo o de alguna noticia al respecto.

Pasaron varias semanas sin tener noticia alguna y así nos quedamos, pues no nos parecía correcto molestar con averiguaciones.

Pero un día observamos que un señor, a la entrada del pueblo, estaba de espera, suponiendo que pretendía visitar la cueva y con el fin de ayudarle (como hacemos con tantos que vienen por aquí) nos atrevimos a preguntarle si esperaba la apertura de la cueva, a lo que nos contestó que sí, que esperaba a las chicas guías y que ya estaban avisadas. Nos entró la sospecha de que sería algún Profesor de la Universidad y al contestarnos afirmativamente iniciamos un poco de conversación para acabar preguntándole por el Profesor Gómez-Tabanera. Nos contestó muy secamente y «*con llea moruca engachecía*»: «*Ese ya no viene por aquí*». Nos quedamos como mudos y ahí terminó la conversación. Pero nuestra mente siguió pensando, recordando aquel conocido cantar: «*Mi caballo murió...*»

Sentimos mucho aquel remate, aquel desenlace, y recordándolo pasaron los

últimos veinte años.

Ahora «nos ponemos nuevamente en activo» al sacarnos un poco de dudas la biografía del señor Gómez-Tabanera que reseña la Gran Enciclopedia Asturiana que con un *curriculum vitae* fenomenal (varias carreras plagadas de premios extraordinarios, máximas calificaciones, sobresaliente como investigador, escritor, etc.), dice que se incorpora en la Facultad de Filosofía y Letras de Oviedo *ocupando interinamente la Agrupación de Prehistoria*.

Era totalmente increíble que el Profesor Gómez-Tabanera *llastiera por lleu maragoteru*. Lo que seguramente pasó es que llegó el titular de la temaria y él continuó con su asignatura de Historia Medieval.

Ya hemos dicho que nosotros le habíamos señalado como posible lugar apropiado para buscar la antigua entrada de la cueva, el hastial que cubierto de encinas, «*onia de cizañas*», está en la cabecera de la finca de La Llongar. Que algo más abajo, más al oeste, está la entrada de las aguas de lluvia que desde la Ería de La Braniella por las praderías de Coballes van a través de la cueva al mar. Que en caso de fuertes lluvias el caudal del riachuelo de Coballes es muy grande como lo demuestran no solo las averías causadas en el puentuco al que atraviesa la carretera si no las ocasionadas cuando La Llongar estaba de huerta. ¡Las arrobas de repollos que al colungués Herminio se le fueron a pasear por debajo de las pinturas rupestres camino del mar!

La Ería de Pimiango es como una esponja recogiendo las lluvias para luego ir vertiéndolas por muchos lugares después de regar toda la meseta. Hoy con mucha mayor producción que cuando había muchos praducos amiseriados que daban hierba de cicatera con solo un pequeño corte y ruín al año.

Aprovechamos para tratar de señalar en nuestra meseta los nombres de los lugares

más importantes que vierten el agua sobrante.

Empezaremos por el lugar hoy menos conocido. *La Riega de la Campa*. A primeros de este siglo la junta de vecinos apoyados económicamente por los indianos, después de acometer importantes mejoras en el pueblo: Carretera de Pimiango a El Peral, nueva; Escuela particular de niños, Fuentes de La Roza y del Lugar, Abrevaderos de La Roza y de Las Triemes, instalación de nuevo Potro (aprovechando la extraordinaria habilidad y curiosidad para el ganado vacuno y caballar del vecino de Pimiango don Bernardino Bordás Gómez), ampliación del Cementerio, etc. proyectaron llevar al centro del pueblo una fuente, pero desistieron por el escaso caudal que tenía en verano la llamada Riega de la Campa, que es el lugar únicamente alto de la meseta (con alguna humedad), situada encima de la finca La Garita, de don Vicente Noriega.

En la parte opuesta a dicha riega y al lado del mar están las llamadas Cueva Caliente y CUEVA DE LOS BUEYES. Esta, que también tiene un caudal insignificante, es por otra parte muy singular, pomposa, y decimos esto porque en la apreciación de algunos escritores está considerada como la dolina más espectacular de la Cornisa Cantábrica. Por nuestra parte, podemos agregar que el mar atraviesa aquel amplio acantilado por dicha cueva donde en un espacio de diez metros, se puede uno bañar y tomar el sol tranquila y cómodamente, no sobre arena si no en la pradería o bosque.

A esta Cueva de los Bueyes iban algunas vecinas (1918) a dar baños calientes de algas que en unas latas les calentaba el artesano-casero de Tina don Alfredo del Valle Sánchez, y su suegra doña Rosa Candás era la que les echaba el agua por las espaldas abajo. Nos contaba la vecina de Pimiango, doña Carmina Valdés de Requejo con su acusada simpatía, que de chavalona iba ella delante de las bañistas a Tina a recoger por el bosque leña para calentar el agua. Este agua con las algas las recogía Alfredo con gran comodidad. Un práctico balneario se podía hacer en la explanada contigua a dicha cueva.

(Continuación)

El adentrarse por la cueva tiene el peligro (que nosotros encontramos) lo enormemente resbaladizo que tiene el piso, por la acción del agua que la recorre con las mareas de continuo, dejando un limo muy deslizante. No obstante, nosotros nos hemos bañado en el verano siempre que la visitamos. Incluso en vida de don Ángel Noriega, al que recordamos cariñosamente, y nos bajaba muchas veces en su coche todo-terreno, nos reñía porque si estaba un buen día yo no quería perder el baño. No hacía falta traje, ni hojas de higuera. Maravillosamente práctico.

Esta cueva es una de las bellezas naturales de Pimiango que tanto ponderaba el ya citado Padre Miguélez.

Y como decía don Gabino del Valle Poo, nacido y criado en Tina, dichas cuevas Caliente y de los Bueyes que están juntas eran muy visitadas, muy entretenidas por todos sus hermanos (15) que con el *Río de la Pila*, tenían agua dulce y salada a su alcance. Lo mismo pasaba con los ermitaños y canónigos que atendían el Monasterio de Tina, (NUNCA HUBO FRAILES COMO NOSOTROS LOS CONOCIMOS) y los peregrinos que caminaban a Compostela y descansaban y se aseaban convenientemente en los citados lugares.

Continuando con las vertientes de la meseta señalamos el referido Río de La Pila alimentado por las aguas de las zonas de Bartolo-Fuente Sagrada y Rosagro, donde estaba el Lavadero más importante del pueblo antes de la traída del agua.

El Río de La Pila desagua al mar por una pequeña cueva que aprovechan algunos atrevidos pescadores submarinistas para salir al mar.

Le sigue la vertiente de la Tradicional Fuente de San Emeterio que en veranos secos suele tener algún «suspense»; no obstante nunca falla por la fiesta del Santo atendiendo a los devotos romeros que «*auretean lleas trebinculas para escosarse*» o bien lavar los cacharros de la comida campestre.

La *Canal de La Higar*, desagua una gran parte del norte de la Ería de La Branilla; tenía un lavadero en el arranque y finalmente se aprovecha su riego en la finca de Tronía. **Riega de Miranda y el Puntú.**

Buen caudal conduce a la playa del Regolguero que se alimenta principalmen-

te de los húmedos terrenos de *Las Triemes* incluido el abrevadero en marcha y los antiguos lavaderos y terrenos de El Bijorco. En su recorrido encuentra el llamado *Molino de Manolo* (don Manuel Gestera) que aunque no llegó a moler por falta de presa adecuada, revela disponer de un caudal importante ya que en otros tiempos bajaban al Regolguero a lavar y tender la ropa bastantes vecinas.

Le sigue la llamada RIEGA DEL PIÉLAGO desaguando al mar una importante parte de la Ería de El Bedujal; en su camino se forma la *Riega de los Chopos*, que si bien no sabemos de la importancia que tenían tales chopos, sí sabemos de los hermosos árboles guindos que en su tiempo había por dicha riega y de las grandes y sabrosas guindas que daban.

La caudalosa *Riega de las Ánimas* cerca del extremo de la Sierra de Toreo con la Fuente de Bendia en su final, cierran la vertiente norte de nuestra meseta. Los demás desagües se encuentran en el medio día. *Las Tablucas* y la **Fuente de Alberto** terminan su recorrido fuera de nuestro término.

Ya casi, o sin casi, en nuestro casco urbano se inicia la **Riega de La Rozuca de Los Barros** la cual en su recorrido pendiente se encuentra la caudalosa **Fuente de San Sebastián**, (aunque el manantial de ésta venga en su mayor parte de Las Retuertas) con un agua muy apreciada.

La Fuente de la Roza con su abrevadero, desagua en la zona del mismo nombre, en La Ería de El Bedujal. Este Fuente fue durante muchos años el principal suministro de agua del pueblo.

La Fuente del Lugar, se llamaba antes de su acondicionamiento «*Bebedero de los Bueyes*». Muy cercana al centro del pueblo, era utilizada normalmente para limpieza y cocinar, porque decían que cocía bien los garbanzos. **La Fuente de los Milanos**. Muy poco utilizada en el pueblo llegó a estar recogida para la finca de LA CUEVA y caserías cercanas.

Riega de La Linde. Recogida en principio para abrevar el ganado continuaba su curso regando fincas de medio día con aportes de La Rabina.

Riega de Maisantos. Nace en la zona del Árgoma y recorre los cierros de eucaliptos en la bajada, se une con las aguas de La Cana regando las prade-

rias de los Trichorios.

Fuente de Haedín. Con buen caudal suministra agua para los caseríos de la zona de *Jairín*. Al estar antiguamente el grueso de la población de Pimiango en aquella zona, podemos decir que es la más antigua del pueblo.

Después de esta, digamos, interrupción, vamos a continuar con el tema que traíamos de la Cueva de El Pindal. Para enterarnos de como estaban las cosas por Oviedo actualmente, después de veinte años en total silencio por nuestra parte, pensamos en dirigirnos telefónicamente a la Secretaría de la Universidad preguntando de entrada por el antiguo profesor de Prehistoria, Sr. Gómez-Tabanera que aunque lo suponíamos jubilado (22-11-1927) era la única manera de entablar diálogo. El temor que teníamos por recibir una «plancha» lo venció el interés que siempre hemos tenido por lo «nuestro».

Una señorita, todo amabilidad, nos atendió la llamada dándonos media docena de teléfonos para llamar a distintas secciones como así lo hicimos, pero siempre nos contestaban negativamente. La reorganización llevada a cabo durante nuestro silencio en la Universidad colocando nuevo personal, hizo que éstos no conocieran lo ocurrido tantos años atrás. Por fin nos recomendaron, como el más indicado para consultar al Catedrático correspondiente de Prehistoria. Pero, ¿cómo íbamos nosotros a molestar a dicho señor con semejante «embajada»?

Por fin nos decidimos y preguntamos por el señor don Janiel Fortea. El mismo contestó la llamada y pudimos comprobar la atención, la amabilidad con que nos trató.

Después de decirnos que desconocía donde paraba el Sr. Gómez-Tabanera (y a nuestras preguntas) nos explicó complidamente que hacía como un par de meses habían realizado una nueva planificación en la cueva, porque hacía muchos años que no se había hecho nada, demostrándonos que conocía perfectamente el lugar por nosotros señalado para buscar la entrada primitiva de la cueva, que estaba todo tapado, pero que seguían estudiando detenidamente el tema.

Se despidió diciéndonos que contactaría con nosotros cuando viniera por aquí, quedando nosotros muy satisfechos y agradecidos.

Amando Laso Madrid

(De EL ORIENTE DE ASTURIAS)